

CULTURAL

Lecturas intemporales

ERNESTO CARDENAL, a la búsqueda del hombre nuevo

Por el vaivén mundial de los cambios políticos, España, que hasta fechas recientes era uno de los principales países exportadores de exiliados, ha pasado a convertirse en lugar de residencia —supuestamente provisional— de los hijos malditos de los regímenes dictatoriales, especialmente de los latinoamericanos. El poeta nicaragüense Ernesto Cardenal es, hasta ahora, el último prohombre que ha venido a buscar forzado refugio en nuestras costas. En su país, el látigo de Somoza se ha endurecido y el arbitrio de su tiranía acaba de destruir la fecunda labor que Cardenal estaba llevando a cabo en la zona de Solentiname, donde había fundado una comunidad rural en la que los indios guatemaltecos, además de conseguir los beneficios de un régimen comunitario, tomaban conciencia de su estado de pueblo oprimido.

La personalidad de Ernesto Cardenal está marcada por unos trazos muy característicos, que por supuesto no se agotan en su luenga barba plateada ni en su poncho amarillo. Durante toda su vida ha sido un ser eminentemente revolucionario, y su evolución poética y humana responde a la actitud de quien busca denodadamente la forma más asequible de concienciar a un pueblo. Desde su estancia en la Trapa de Getsemani en Kentucky (USA), donde conoció y admiró a Thomas Merton, la aplicación del evangelio cristiano al sentido de la revolución, le ha guiado constantemente y ha hecho de él, a través de la viva experiencia poética, un baluarte muy significativo dentro de la corriente más avanzada que el cristianismo comprometido mantiene en los países del tercer mundo y singularmente en Latinoamérica.

Ordenado sacerdote en 1.965, su vida adoptó desde entonces un significado pastoral enormemente abierto y eficaz, sostenido por un espíritu cada vez menos instalado y preocupado esencialmente por la humanización de los dogmas y sentimientos cristianos.

PROFETA DE LOS NUEVOS TIEMPOS

Desde este punto de vista, su ataque frontal a la estructura eclesiástica como una organización más de poder, tiene el sentido de prolongación inevitable de la crítica que el pensamiento marxista (entendido como corriente más que como doctrina semidogmática) hace de la sociedad capitalista y de los distintos engranajes que, ordenados en torno al dinero, la conforman. Las características de Cardenal en alguna medida encajan con las del Profeta bíblico, desenmascarador violento de la hipocresía y la injusticia humanas y arrebatado mensajero de los "nuevos tiempos".

Su obra poética (la cual sólo ha sido publicada parcialmente en España) da, a mi entender, perfecta cuenta de esta evolución. Sus "Epigramas" juveniles conjugan el amor concreto y las ansias de libertad. Posteriormente, en obras como "Vida en amor", "Salmos", "Oración por Marilyn Monroe", "La Santidad de la revolución" o "El Evangelio de Solentiname", la preocupación política va ganando terreno y encuentra un cauce de expresión muy concreto dentro del mensaje cristiano.

Cardenal es, por otra parte, un ansioso investigador de las originarias formas de vida de su pueblo, para tratar de atisbar en ellas el genuino sentido de las relaciones humanas, antes de que el afán de poder fuera distinguiendo a los hombres y

creando las clases. Este comunismo primitivo, tan cercano a los análisis históricos de Marx como a ciertas máximas de Jesucristo, supone para Cardenal la real encarnación del reino de Dios en la tierra, objeto último de su búsqueda.

CAMBIAR LA REALIDAD

Su postura puede parecerse, y acaso lo sea, un tanto ingenua, pero está respaldada por una verdadera acción vital que la

confiere un valor concreto. Su estilo semi-narrativo y cultivador en buena medida del tópico, convierte su mensaje en contenido próximo y asequible. Cardenal acostumbra a tomar los temas cotidianos y los suministros puntuales de los medios de comunicación para, reflexivamente, entresacar de ellos una meditación sobre la vida y un sentido de armonía universal posible que, trascendiendo la propia palabra poética, nos sitúa en una posición más ágil ante la presencia —que Cardenal entiende solidaria— del hombre en la tierra.

"La auténtica revolución —dice Cardenal— consiste en cambiar la realidad". En la misma medida en que esta frase me llega como auténtica, pienso que es también auténtica la experiencia comunicada por el poeta. Más que como tal poeta, Cardenal me interesa como testimonio de que no todas las posturas emparentadas con los sistemas ideológicos son necesariamente castrantes. Claro que él no es un teórico de nada y su ejemplo habría que situarlo a unos niveles que tienen muy poco que ver con el partido de fútbol ideológico que sesudos señores juegan por esos campos de Dios y del diablo.

A.J. RAMOS

Cobradores de sonrisas

(Cuento)

(Primer premio de prosa en el I Concurso Literario "Hogar Juvenil La Salle" de Talavera de la Reina).

NO RECUERDO CUANTO TIEMPO HACE. Entonces yo viajaba por el espacio vendiendo racimos de uvas y montones de nieve a los seres verdes de otros planetas. Me conocía perfectamente las constelaciones, y las luciérnagas perdidas en el cielo se sabían mi nombre. Recuerdo que llegaba a las plazas y montaba mi puesto bajo los soportales. Extendía una manta en el suelo, y sobre ella iba colocando mi mercancía: prismas de lámparas rotas, hierros, chapas de cerveza, y algunas veces imanes. Lo colocaba en montoncitos cuidadosamente clasificados, y entonces empezaba a vocear: "Vengan, vengan todos. Para ustedes las mejores mercancías desde el país del sueño: cristales, racimos de uvas, montones de nieve, chapas de cerveza..." Y las gentes comenzaban a acercarse y a mirar curiosas mis cachivaches. Me preguntaban de dónde era aquello, su utilidad, su precio... Yo les contestaba a todo y les explicaba los pequeños detalles de cada género...

¿Para qué valen estos cristales de lámparas rotas? —inquiría uno. Y yo entonces, mostrándoselos, les enseñaba como con aquellos cristales se hacían más bellas las paredes, y el sol se pintaba de colores. "¿Y las chapas de cerveza?", decía otro. Y yo les enseñaba mil juegos con los que podrían gozar durante una tarde entera. "¿Y los hierros?", "¿Y el imán?", "¿cuánto vale?"... Yo continuaba explicándoles el porqué de cada cosa. Su aplicación, su funcionamiento... el precio era siempre el mismo: una sonrisa. Al final, aquellos seres verdes se llevaban su mercancía, y yo me cobraba en azules sonrisas que luego cambiaba en otros sitios por flores y algas marinas.

Cuando llegaba la noche, recogía mis cosas y dormía junto a los ríos de luz que hay en el cielo, y hablaba con la luna de praderas inmensas y verdes. Luego, cuando el día de nuevo despertaba, yo continuaba por caminos de agua que hablaban conmigo de gatos y palomas.

Un día, mientras gritaba como siempre

mi mercancía, entre los hombres verdes que curioseaban en mi puesto, ví aparecer un ser cansado, triste, que me miraba como queriéndome decir algo y que no encontraba ningún sentido ni a las chapas de cerveza ni a los imanes. En su cara unas señales rojas surcaban las mejillas, y sus ojos se perdían en el aire. Sus manos eran duras y empuñaban algo de hierro y de madera que encendía el viento y asustaba a los pájaros. En su cabeza un casco de acero le pesaba hasta hundirle el cuello entre los hombres. Iba calzado por unas botas fuertes. No llevaba alas. Los hombres verdes le miraban recelosos, pero le ofrecían su risa y sus espumas. No atendía a nada. Su boca no podía volar hacia las nubes. Continuaba serio. Sólo me miraba a mí, y yo entendí que quería hablar conmigo.

Esa mañana, regalé toda la mercancía entre los seres verdes que antes me habían preguntado de dónde era aquello, su utilidad, y su precio, y que ahora reían felices, y volaban jugando al escondite.

Caminamos durante mucho tiempo. El hombre de vez en vez miraba atrás y se paraba a escuchar al lado del camino. Seguía sosteniendo en sus manos aquella cosa de hierro y de madera que encendía el viento y asustaba a los pájaros. Le pregunté varias veces qué quería, pero siempre hacía señales de que esperase, y seguíamos andando.

Llegamos a un lugar desde donde veía un desierto pintado de sangre que se extendía más allá de mi vista. El hombre del casco de acero me habló entonces de que venía de la otra parte del desierto, en donde no se reía y el aire estaba negro. En donde los silencios morían bajo el ruido de aquellas cosas que llamaban fusiles. Me habló de que allí no se vendía la nieve, y que los hierros eran para construir cañones y pájaros de acero. Yo le pregunté si no existían las libélulas, si no existía la risa, qué era de los niños... pero el hombre regaba sus mejillas con tristeza, y me hablaba de setas nucleares, de gaviotas cortadas de repente, de mares inundados de vísceras y sangre.

Le dije que esperase. Convoqué a mis amigos. A otros vendedores que cobraban

sonrisas, y comenzamos a cruzar aquel desierto de sangre y soledades. Guardaba la esperanza de que podríamos iluminar un poco las paredes, regalarles la risa y dibujar estrellas y palomas. Guardaba la esperanza de la victoria limpia, del adiós al fusil, del despertar los besos, abrir los grifos nuevos donde manasen futuros de esperanza. Todos llevábamos una luz encendida. Incluso el hombre aquél del casco se reía.

Las ciudades aquéllas, vestidas de cemento, tenían la soledad de guarismos inmensos. Había paquidermos metálicos que rugían por las calles. Mujeres y hombres que caminaban sin pararse en nada. Voces; olor a humos de coches y de fritos; grandes carteles que tapaban el cielo; luces heridas por fuego de neón; edificios ciclópeos que arañaban las nubes... Quedamos aterrados.

Pensamos en volvernos. Pero cómo vivir ya sabiendo la tristeza de todo aquello. Cómo poder vivir mientras alguien que dice "paz" es maltratado, mientras alguien que dice "amor" es detenido, mientras los silencios, hechos para la paz, ocultan la miseria.

Desde entonces combatimos al lado de los hombres. Hemos perdido las alas que un día tuvimos. No encontramos, por hoy, el sentido a los cristales de las lámparas rotas, ni a los imanes, los montones de nieve, las chapas de cerveza... Pero confiamos en que un día podamos volver a viajar por los planetas cobrando mercancías en sonrisas.

Antonio del CAMINO

Carpio de Tajo

Homenaje

El Ayuntamiento ha colocado en una plazuela de la localidad una placa, dedicada al periodista y preclaro escritor don Luis Moreno Nieto, precisamente en la casa donde nació. Es un honor para el pueblo, y en su representación para la Corporación Municipal, el haber tenido esta distinción con un hombre de calidades humanas extraordinarias, y cimero en la cultura, que destaca en lo histórico de Toledo y su provincia, cronista oficial de la ciudad, autor de numerosos libros y director de la revista "Provincia".

Estos son nombres que honran a calles y plazas, y es de desear que otros hijos de este municipio imiten lo mucho bueno que en Luis Moreno Nieto se atesora.

NAVIDAD DEL MOLINERO

Molinero solitario, carpeador, jalón en la andadura del arriero trajinante, silueta en el sendero, testigo presencial, ojo avizor.

Austera Navidad del molinero. Nochebuena embozada en el rumor del candeal, y migas al calor del run-run ancestral del cancionero.

Esta es Noche de Paz, que la compuerta marca el chorro que vierte en el ladrón de la riada. Canta el gallo, ialerta!

que la estrella está en el cenit y son las doce. ¡Gloria al Salvador! Despierta, molinero, al arriero dormilón.

Balbino JIMENEZ QUINTAS

H. de ALFONSO GOMEZ, S. A.

CONSTRUCCIONES

VENTA DE PISOS Y NAVES

Luis Jiménez, 2. Telf. 80 04 48

TALAVERA

SE ALQUILA PISO

100 m2. para vivienda u oficinas. También troje 200 m2. y almacén. Razón: San Miguel, 6.